

vida á manchar una santa peregrinacion con la incontinencia.

Despues de haber recibido Felipe Augusto en San Dionisio el oriflamo, el bordon y la esclavina de peregrino, y de haberse hecho bendecir con la corona de espinas, se embarcó en Génova; Ricardo partió de Marsella y se reunieron en Mesina; jóvenes ambos, y habiéndose cruzado más bien por amor á la gloria que por devocion, volvieron en breve á sus querellas y se separaron. Ricardo, muy fuerte en los ejercicios de caballería, aunque poco hábil en el arte de la guerra, ofrecia el tipo de las costumbres y de las pasiones de su tiempo; más pródigo que generoso, altanero, obstinado á la vez é inconstante, era para él una necesidad imponer en todas partes su voluntad á cualquier precio; de una actividad turbulenta á la cual faltaba la perseverancia, era osado, brutal é inconsiderado; tentábale el aspecto de aquella hermosa Sicilia, regocijo de los árabes y de los normandos. Su hermana Juana, viuda del rey precedente Guillermo II, estaba retenida prisionera por Tancredo, que reinaba entonces; Ricardo le obligó á restituir la libertad á esta princesa y á devolverla su dote de 20.000 onzas de oro.

No tardó en experimentar en aquella isla que los sicilianos tenian ménos paciencia que los ingleses. Cierta dia que se paseaba en la campiña, oyó graznar un gavilan dentro de la casa de un campesino; hallándose reservada en Inglaterra la caza al rey y á un escaso número de nobles, desgraciado del villano que hubiera violado la prohibicion y guardado en su casa gavilanes ó halcones. Ricardo entra, pues, en la habitacion y quiere llevarse el ave; pero el villano opone resistencia y le hecha de su casa á pedradas y á palos. Poco tiempo despues, no creyéndose bastante seguro, expulsó de un convento muy fuerte por su posicion, desde el cual se dominaba á Mesina, á los frailes que le habitaban, y puso guarnicion dentro. Pero los mesineses cerraron las puertas de su ciudad y negaron la entrada á las gentes del rey de Inglaterra. Ricardo corrió al palacio de Tancredo, y le requirió á fin de que castigara á aquel vecindario insolente. Entonces parte de los que lo componian, obedecieron las órdenes que habian recibido; otros se reunieron en las alturas

y cayeron sobre los ingleses que iban en su seguimiento; al mismo tiempo llovía una granizada de piedras y de flechas desde los baluartes de Mesina, donde quiso penetrar Ricardo. No obstante, llegó á apoderarse de ella, merced á los refuerzos que le llegaron, y plantó allí la bandera de Inglaterra. Por último, habiendo abandonado la isla la escuadra inglesa, fué impulsada á las costas de Chipre, donde halló mala acogida. Inmediatamente se declaró la guerra á un príncipe de la familia de Comneno, que era su soberano; Ricardo le hizo prisionero y constituyó en reino aquella isla.

Durante este tiempo continuaba Saladino alcanzando triunfos en Palestina, donde no quedaban ya cristianos más que en Trípoli, Antioquia y Tiró. Puso asedio á esta última ciudad; pero Conrado de Montferrato, cuñado de la reina Sibila é hijo de Bonifacio, prisionero á la sazón de Saladino, sostuvo con su valor y su habilidad el denuedo de los ciudadanos. Saladino le hizo prometer la libertad de su padre si le rendia la plaza, ó de lo contrario juraba exponerle á los tiros de los sitiados; pero el príncipe respondió: *Prefiero el interés de los cristianos á la vida de mi padre y me glorificaria de tener un mártir en mi familia.*

La constancia de los habitantes de Tiro comprometió á muchos caballeros á acudir de todas partes en su socorro, y de aquí resultó una verdadera campaña de héroes. Obligado Saladino á renunciar á la toma de la ciudad, se decidió á retirarse, y fué á sitiar á Trípoli; pero los sicilianos le hicieron zozobrar igualmente en esta empresa. Entonces dirigió sus armas contra Antioquia, se apoderó de Tolosa, y redujo á Carac por hambre. Sólo en este momento restituyó á Lusignan la libertad que le habia prometido. Este se hizo relevar en breve del juramento que habia hecho de no esgrimir más las armas, y con ayuda de los pisanos fué á sitiar á Tolemaida.

Entonces Saladino hizo proclamar la guerra santa por el califa de Bagdad; porque no se trataba sólo de la defensa de San Juan de Acre, sino más bien de hacer el contrapeso de las cruzadas, invadiendo la Europa para combatir allí los francos, invasion tan terrible al tiempo en que trescientos mil Almohades habian desembarcado de Africa en las costas de España. Quizá

presentia Europa más bien por instinto que por raciocinio, el peligro de que estaba amenazada; así un gran número de caballeros franceses y alemanes acudieron en tropel, así como diez mil daneses y frisones; sin embargo, la guarnicion siguió oponiendo resistencia. La llegada de Felipe Augusto hubiera obligado á Tolemaida á rendirse, si por una delicadeza caballeresca no hubiera querido aguardar á Ricardo, á fin de que este príncipe pudiera tener su parte de gloria. El rey de Inglaterra que, durante este tiempo habia conquistado á Chipre, no tardó en llegar á su vez; pero los gérmenes de discordias mal extirpados volvieron á reanimarse entre los dos monarcas.

Habiendo muerto Sibila y sus cuatro hijos, pretendió Conrado que Guy de Lusignan debia dejar el trono á Isabel, hermana de Sibila, su esposa, despues de haber estado casada con Onfredo, señor de Toron. Entonces fué un espectáculo singular ver á Conrado, á Guy y á Onfredo sostener con encarnizamiento sus pretensiones sobre un reino sin territorio, y á los cruzados olvidar la causa comun por sostener la de uno ú otro de los competidores. El rey de Francia fomentaba estas divisiones, reclamando una porcion del reino de Chipre conquistado por Ricardo. Este, por su parte, queria la mitad de los tesoros del conde de Flandes, muerto sin herederos durante el sitio; todo era disensiones y querellas. Los franceses, los alemanes y los templarios tenian por adversarios á los ingleses, á los pisanos, á los hospitalarios, y en vez de unirse contra los infieles, si unos subian al asalto, quedaban los otros cruzados de brazos, miránolos obrar. La insalubridad de la atmósfera hizo caer enfermos á los reyes; y como Saladino les envió médicos y refrigerantes, bastó esto para que el vulgo les acusara de sacrilegas correspondencias con los musulmanes.

Por último, personas sensatas llegaron á restablecer la paz, ó á lo ménos á suspender los odios hasta que se hubiera tomado Tolemaida. Entonces se emprendió con nuevo vigor el ataque; cotidianamente habia asaltos y escaramuzas, y los fosos se hallaban llenos de cadáveres de hombres y de caballos, muertos por el hierro y las enfermedades. Ya habian perecido más soldados de los que hubieran sido menester para avasallar á toda el Asia, y empu-

jaba á los más bárbaros excesos el furor excitado por un resto de fanatismo religioso. Especialmente Ricardo se habia hecho terror de los mahometanos, hasta tal punto, que mucho tiempo despues de la cruzada decian las madres á sus hijos para asustarlos: *Cállate, mira que llamo al rey Ricardo.*

Sin embargo, se veian brillar en medio de aquella furiosa saña ejemplos de caridad y de desinterés, tanto entre los musulmanes como entre los cristianos. Se celebraban treguas en las batallas para dar torneos, á que eran convidados los mahometanos, ó bien algun campeón de Cristo desafiaba á singular combate á los del islamismo con todas las cortesías caballerescas. Saladino, á imitacion de los sarabecinos, afectaba una sencillez antigua; su mesa y sus vestidos carecian completamente de lujo, y á menudo se retiraba aparte para leer el Corán, de que llevaba siempre un ejemplar consigo. Al revés, los cristianos ostentaban una relajacion suntuosa, y trescientas mujeres de Chipre llegaron para hacer en el campamento un escandaloso tráfico de sus encantos, como en el tiempo en que se rendia á la diosa del amor un impúdico culto. Habiendo ido á posarse un halcon de Felipe Augusto sobre las almenas de Tolemaida, todo el ejército se puso en movimiento para echarle mano; pero los sarracenos le ogieron y se lo llevaron á Saladino, á quien Felipe pagó su rescate más caro de lo que le hubiera costado el de muchos cristianos.

En medio de estos episodios continuaban los musulmanes manteniéndose en Acre «como el leon en su ensangrentada madriguera,» haciendo uso del fuego griego, y lanzándose á vigorosas salidas contra los cristianos, que desplegando por su parte esfuerzos casi sobrehumanos, especialmente los caballeros de San Juan y del Temple, empujaban hácia la ciudad una colina de tierra. Por último, despues de tres años de asedio, de nueve batallas, y de más de cien encuentros, capituló Acre con promesa de que el madero de la verdadera cruz se restituiria á los cristianos, así como mil seiscientos prisioneros y que se les entregarían doscientas monedas de oro. Habiendo diferido Saladino ratificar la capitulacion, Ricardo hizo asesinar á cinco mil infelices indefensos.

La ciudad fué repartida entre las diferentes

naciones que habian combatido; pero Ricardo ejerció allí en breve un poder despótico. Leopoldo, duque de Austria, plantó su bandera en una torre, y Ricardo mandó que la tiraran á un foso; irritados los alemanes de esta conducta salieron de la ciudad para acampar extramuros, y el duque aguardó para tomar venganza lugar y tiempo favorables. Felipe Augusto, que veía su autoridad comprometida, abandonó la Tierra Santa dejando allí diez mil peones y quinientos caballos, con el dinero necesario para su manutención durante tres años. Antes de su partida juró no inquietar los estados de Ricardo durante su ausencia, fué saludado por Saladino como el rey más poderoso de Europa. El patriarca le dió bendiciones y palmas, y los franceses se regocijaron cuando le vieron volver el oriflama á San Dionisio, dando gracias al santo patrono que le habia conservado salva la vida, haciéndole adquirir gloria.

Ricardo se quedó con cien mil hombres (1191) después de haber vuelto á poner á Tolemáida en estado de defensa, y hecho reconocer por rey á Guy de Lusignan, con la expectativa de trono á Conrado, empezó una serie de hazañas que tienen mucho de romanesco y le valieron el sobrenombre de *Corazon de Leon*. Derrotó muchas veces á Saladino y á su hermano Malek el-Adel; pero estos príncipes destruyeron á Ascalon y fortificaron á Jerusalem, mientras los cristianos se ocupaban en restaurar sus desmanteladas ciudades.

Después de haber ejercitado por largo tiempo su valor sin reflexión y sin resultados, pronunció Ricardo palabras de paz; pero en vano insistió por la libertad de Jerusalem y ofreció á Malek el-Adel la mano de su hermana Juana de Sicilia, con el título de rey de Palestina. No pudiendo arreglarse los negocios, se apresuró Ricardo á marchar sobre Jerusalem. Conrado de Tiro habia caído bajo el puñal de dos enviados del Viejo de la Montaña, y hasta se pretendió que este crimen fué cometido á petición formal de Ricardo. Enrique de Champaña se casó con la viuda de Conrado, y fué proclamado rey de Jerusalem en lugar de Lusignan, que obtuvo de Ricardo el reino de Chipre. El monarca inglés se proponía instalar en Jerusalem á Enrique; pero las dificultades del viaje, la guerra que se habia encendido en Tolemáida

entre los pisanos y los genoveses, la inacción de Leopoldo de Austria, y mas todavía, las noticias de Inglaterra, donde habia asomado la rebelión, le determinaron á pensar en la partida.

En su consecuencia reunió á cinco señores francos, á cinco templarios, á cinco hospitalarios y á cinco de sus compatriotas, á fin de que decidieran si convenia asaltar á Jerusalem, sitiar á Damasco ó Berito, á marchar sobre Egipto. Prevalció la última proposición; pero resultó de aquí tal disenso entre ingleses y franceses que se retiraron desunidos. Ricardo habia perdido la estima y el afecto de los cruzados á pesar de las maravillosas proezas á que daba cima en los días de batalla. Hubo, pues, de contentarse con concluir con Saladino un armisticio de tres años 'tres meses, tres semanas y tres días, durante cuyo tiempo permanecerian los cristianos en posesión de la estrecha playa que se estiende desde Tiro hasta Jafa; Ascalon, Gaza, Daroun debian ser demolidas. No se trató de la restitución de la Santa Cruz y de los prisioneros. Los jefes de ambos ejércitos juraron el tratado unos sobre el Evangelio y otros sobre el Corán. Ricardo y Saladino tocaron la mano de los embajadores; y los caballeros cristianos, después de haber festejado con torneos una paz más deseada que gloriosa, fueron á visitar el Santo Sepulcro que no habian podido librar, y se prepararon á tomar la vuelta de Europa. Alguno, mostrando Jerusalem desde lejos al rey Ricardo, se cubrió sus ojos con la cota de armas, exclamando: *Señor, Dios, no vea yo tu ciudad santa, puesto que no me es dado libertarla de infieles.*

Ricardo se embarcó indispuerto. Como las promesas que habia recibido del rey de Francia no le daban una seguridad completa, resolvió dar la vuelta por Italia y Alemania. Lanzado por una tempestad cerca de Aquilea, se vistió de peregrino para cruzar los estados del duque de Austria; pero este señor, en quien subsistia siempre el resentimiento del ultraje recibido, sorprendió al infortunado príncipe en sus tierras, y sin inquietarse por la tregua de Dios, le encerró vilmente en el castillo de Tierenstein. Vendióle en seguida por sesenta mil marcos al emperador Enrique VI, quien se proponía sacar buen partido de esta aventura.

Se ignoraba en todas partes la suerte del rey Ricardo, cuando desde el torreón donde estaba cautivo descubrió al trovador Blondel de Nesle, de quien se hizo reconocer entonando una canción que habian compuesto juntos. También llegó á Inglaterra la noticia del infortunio del rey y de la vileza de Leopoldo. Entonces los grandes vasallos, los caballeros y los obispos ingleses suministraron el rescate de su soberano, según la ley feudal, y la reina Leonor fué en persona á llevarlo á Alemania.

Así terminó la tercera cruzada que costó torrentes de sangre de la más pura, atendido que, habiendo sido excluidos de ella los delincuentes y los vagabundos, no fueron allí más que hombres selectos armados de ballestas, cubiertos de cotas de malla y de escudos de cuero. Ya no era una devoción ciega la que impulsaba á estas expediciones; los sentimientos caballerescos habian sustituido al fanatismo religioso; así se veía al día siguiente de una encarnizada batalla al francés y al kurdo sentados á una misma mesa, y al uno prodigar al otro, que habia caído su prisionero, tantos miramientos como golpes le habia asestado para sacarle de la silla. También á veces el caballero cruzado obligaba al musulmán á confesar que la dama de sus pensamientos superaba en hermosura á todas las del mundo. Cuando el castellano de Coucy, que habia llegado á Palestina para merecer un nombre glorioso, el amor de su dama y el paraíso, cayó herido de muerte bajo los muros de San Juan de Acre, recomendó que su corazón fuera llevado á Gabriela de Vergy, señora de Fayel. El marido fué quien recibió el mensaje, y en su celosa furia hizo comer á la infortunada el corazón de su amante. Murió ella de pesadumbre, y su asesino, para aplacar los remordimientos de su conciencia, hizo la peregrinación de Tierra Santa. Verdaderamente esta fué la época en que la caballería llegó á su apogeo. Se hallaba en tanto crédito, que el mismo Saladino quiso recibir esta orden gloriosa, y de seguro era digno de ella por su valor y cortesía, no cediendo en nada bajo este doble aspecto á los mejores adalides cristianos. Hombre de acción, no ménos que hábil político, casto para musulmán, sabia sobreponerse á sus pasiones cuando le convenia para avasallar las de los demas. Aligeró los tributos que pesaban

sobre sus súbditos, y sin embargo, halló medio para construir durante sus guerras, mezquitas, hospitales y la ciudadela del Cairo, con pozos maravillosos. Habiendo caído prisionero Hugo de Tiberiada le pidió por su rescate cien mil besantes; al contestar que todo su haber y el país entero no bastaban ni con mucho para emplear esta suma, le replicó: *Te concedo un año, y ciertamente no habrá en la religion un sólo hombre valeroso que no se apresure á asistirte.*

Señor, repuso el prisionero, *no conozco entre los cristianos ninguno más valeroso que vos; por tanto, permitidme que os pida una merced.*

Inmediatamente le regaló Saladino la mitad de la suma; los demas emires completaron el resto, sobrando diez mil besantes, que fueron donadas al caballero al restituírle la libertad.

Vestía Saladino sencillamente, no bebía más que agua, oraba con exactitud á las horas señaladas, y sentía no poder cumplir la peregrinación á la Meca. A fin de asemejarse más á los primeros discípulos del Profeta, menospreciaba á los poetas, y aborrecía todas las ciencias. Habiendo publicado un filósofo ciertas especulaciones nuevas, en oposición á la secta de los safeos, á que era adicto, le mandó dar garrote. Su estudio único consistía en el Corán, que leía hasta á caballo mientras guiaba sus tropas al ataque.

Se manifestaba sumamente celoso por la justicia, y cuando no se trataba de adquirir un reino, ni de proteger la religion del Profeta, era dulce y humano. Decía á su hijo El-Dohér, al confiarle una provincia: «Ama y honra á Dios, origen de todo bien; cumple la ley, porque depende tu salvación de tu fidelidad en observarla. Teme que caiga sobre tí el homicidio, porque la sangre vertida nunca duerme. Procura granjearte la estimación y el cariño de tus súbditos; hazles justicia y cuida de sus negocios como de los tuyos. Tendrás que dar cuenta á Dios del depósito que te confió en su nombre. Usa de miramientos con los emires, los imanes, los califas, y con todo el que se halle en elevado puesto, no olvidando que yo no me he encumbrado á tanta altura, sino por la clemencia. No abrigues ódios ni ofensas á nadie, porque los hombres no olvidan los desmanes sino después de la venganza, y Dios sólo perdona al

arrepentimiento, porque es bienhechor y misericordioso.»

Cinco meses después de que Ricardo abandonara la Palestina, murió Saladino á la edad de 57 años (4 de Marzo de 1093) sin dejar palacio, jardín ni otra propiedad inmueble. Por todo tesoro no se le hallaron más que cuarenta y siete monedas de plata y una de oro. En el momento de espirar dijo á uno de sus oficiales: *Toma ese vestido, enséñaselo á los creyentes y decláralos que esto es lo único que puede llevar consigo el soberano de Oriente.*

Sus estados fueron repartidos. Afdahl, su primogénito, ocupó á Jerusalem y á Damasco Alziz, el Egipto; el tercero, á Alepo; el cuarto, á Amat; su hermano, Malek-el-Adel, la Mesopotamia. Otros príncipes recibieron algunas ciudades ó alguna provincia; y los generales de Saladino no se resignaron á sufrir nuevos soberanos, sino á condicion de obtener de ellos privilegios y posesiones. Estos diferentes estados de los Ayubitas empezaron á hacerse la guerra unos á otros. Malek-el-Adel, que ya había sobresalido por su denuedo durante las cruzadas atrayendo las miradas de todos, pensaba en aprovecharse de las disensiones generales. Faltaba fuerza al califa de Bagdad para reprimir aquellas agitaciones, y se contentaba con responder á los que se dirigían á su persona. *Dios pedirá cuenta á vuestros enemigos del mal que os han hecho.* No se mostraban más avisados ni bastante unidos los príncipes de Europa para asir una favorable coyuntura. Sin embargo, hicieron pasar á Palestina algunos hombres y algún dinero, que sirvieron para violar la tregua concluida por Ricardo, sin que de ello resultara nada importante. La sucesión al trono de Jerusalem vino á ser de nuevo una causa de ardientes enemistades entre los latinos. Por último, se dió á Amalrico II de Lusitania, rey de Chipre, quien se casó con Isabel, hija de Amalrico I, de quien Onfredo de Toron, Conrado de Monferrato y Enrique de Champaña, habían recibido sucesivamente aquella corona en dote.

CAPITULO VI

Cuarta y quinta cruzada.

Hallábase desgarrado por las disensiones de los primeros Ayubitas el imperio fundado por

Saladino. Los débiles Seldjucidas eran impotentes para proporcionar descanso á la Persia, y el imperio del Kharism se alzaba amenazante para el Khorasan y para Bagdad; estas divisiones ponían embarazo á toda empresa común y enérgica contra los cristianos.

Estos, por su parte, no estaban más acordes en Palestina. Hecho Guy de Lusitania rey de Chipre, no pensó ya más en Jerusalem. Bohemundo, soberano de Antioquia y de Trípoli, aspiraba á ensanchar sus posesiones y empleaba contra la Armenia la fuerza y la perfidia; las tres órdenes de los templarios, de los hospitalarios y de los caballeros teutónicos, habían llegado á una rivalidad que les impelía á hacerse la guerra.

A la muerte de Saladino le pareció al papa que el baluarte del islamismo acababa de demorarse. En su consecuencia, predicó la cruzada y tomó la cruz Enrique IV; pero infiel á sus promesas, y más estimulado por la ambición que por la piedad, dejó partir á los demás cruzados, conducidos por la flor y nata de los príncipes alemanes, y por Margarita, reina de Hungría, que había consagrado su viudez á Cristo. Sin miramiento á la *tregua de Saladino*, celebrada con Ricardo Corazon de Leon, atacaron los cruzados á los musulmanes (1195), quienes reunieron sus fuerzas en el común peligro, Malek-Adel, hermano de Saladino; y su brazo derecho, se había engrandecido en medio de las discordias de los suyos, á quienes aventajaba en denuedo; atacó á Jafa, puesto avanzado de Jerusalem al Oeste, y la dismanteló; pero los musulmanes fueron derrotados en *Sidon* y se les tomaron muchas ciudades con un botín inmenso. Entonces llegaron los nuevos ejércitos de Europa, aunque al paso que el piadoso entusiasmo del pueblo, sólo fijaba sus ojos en Jerusalem, las ciudades marítimas eran el único blanco de los jefes. No faltaba el valor acostumbrado, si bien carecía éste de dirección acertada. Se empezaban con ardor las expediciones, mas no se sabía perseverar hasta el fin en ellas; sobrevenían disputas, y tan pronto volvían los cruzados unos contra otros las armas que habían empuñado contra el común enemigo, como dejaban sin terminar su empresa para tomar la vuelta de Europa, adonde los llamaban intereses más urgentes. Así fué

que en la época en que surgieron conflictos en Alemania con motivo de la sucesión del imperio, los cruzados de este país renunciaron á la guerra santa, de modo que Amalrico (Amaury) se vió obligado á renovar la tregua con Malek-Adel, y tuvo á dicha conseguirla.

Pero apenas ascendió al trono pontifical Inocencio III, cuando á pesar de estar ocupadísimo en los deberes de la tiara, pensó en la ciudad santa, y no cesó de persuadir á los pueblos á que la recobraran de los infieles, y al clero á participar de las fatigas y gastos de la empresa. Como si hubiera previsto las objeciones de un siglo, dispuesto á denigrarlo todo, quiso que el empleo de las contribuciones aportadas por el clero de cada país fuera confiado á dos caballeros de las órdenes de Jerusalem, y al obispo diocesano; el excedente de los fondos debía servir para asalarar tropas y para subvenir á las demás necesidades de la guerra santa. El mismo mandó fundir su vagilla de oro y de plata, y mientras duró la cruzada hizo que no se le sirviera más que en vasijas de barro ó de madera.

Su legado, Pedro de Cápua, restableció la paz entre Ricardo, Corazon de Leon, y Felipe Augusto. Habiendo dado el primero un gran torneo, proclamó allí la cruzada; pero tuvo poco séquito este llamamiento, y la renovación de la guerra entre los dos rivales, apartó á ambas naciones de tomar parte en la empresa. Felipe Augusto, en guerra con el papa á causa de Ingelburga, se sentía poco dispuesto á la cruzada; pero el voto de la cristiandad fué acogido por Fulques, párroco de Neully junto al Marne. Vuelto después de una juventud borrascosa á la senda de la virtud, se dedicó Fulques á predicar la penitencia. Ignorante, aunque fervoroso, se expresaba con suma viveza, y en el lenguaje popular exponía los sentimientos que animaban á todos, haciendo resonar su elocuencia desde la choza hasta el palacio. A menudo no obtenía atención sino maldiciendo á los oyentes mas alborotadores; á veces se veía obligado hasta á hacer uso de su bordon de peregrino para reducir al silencio á la muchedumbre; aquellos sobre quienes caía el golpe besaban la sangre que brotaba de sus heridas.

Cierto día que predicaba en París en la calle Champel delante de la inmensa multitud del

pueblo, se enternecieron los eclesiásticos y los legos de sus palabras de tal modo, que despojándose muchos de ellos de sus vestidos y calzados, le presentaron disciplinas para que aplicara el condigno castigo. Levantando entonces la voz echó en cara á los doctos las vanidades en que perdían el tiempo, á los clérigos y á los prelados escandaloso descuido en el cumplimiento de sus deberes. También predicó la penitencia al rey y á los nobles, á pesar de las amenazas y de los tormentos empleados comunmente respecto de aquellos que proclaman la verdad sin rebozo.

Otra vez como se dispusiera la muchedumbre á quitarle el manto, exclamó: *No está bendito; aguardad á que bendiga el vestido de este hombre.* Inmediatamente hizo sobre sí propio la señal de la cruz, y todos se disputaron á porfía los pedazos de su vestidura.

Inocencio le consideró como el hombre que convenía para renovar el ejemplo de San Bernardo y de Pedro el Ermitaño. En breve tomó la cruz Fulques y anduvo predicando á todos por todas partes; muchos monjes se le incorporaron para asistirle en su santa misión. Informado de que se debe celebrar un torneo en el palacio de Ecry en Champaña, acude á aquel punto y proclama la cruzada en medio de las fiestas profanas. Tivaldo IV, conde de esta provincia, que recibía el homenaje de dos mil quinientos caballeros; Luis, conde de Chartres y de Blois, y una multitud de barones y de prelados enarbolaron á porfía la cruz roja. No se admitió más que á tropas disciplinadas para tomar parte en esta expedición; pero Fulques murió antes de verla comenzada.

Entre tanto llegaban de continuo dolorosos lamentos de Palestina, y el papa reprendía á los cristianos por su lentitud é indiferencia. Prohibió por cinco años toda especie de espectáculos, incluso los torneos. Por último, se enviaron embajadores á Venecia para pedir á esta república socorro.

Venecia tenía entonces por dux á Enrique (Eurico ó Arrigo) Dándolo, ardiente defensor de la gloria nacional, que sabía sostener no menos con las armas que con las negociaciones; el emperador de Oriente le había ultrajado hasta el punto de dejarle casi ciego; pero ochenta años acumulados sobre su cabeza, en